

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 354

Barcelona, 21 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Lo que
se recoge, sólo
puede ser un

sentimiento muy distinto del terror; un sentimiento, fecundo sin duda, pero contrario y destructor a la larga para el mismo que lo siembra: lo que se recoge no es más que odio.

Sembradores de odio

Un momento después, la población ha recuperado su aspecto normal.

Allá quedan los resultados de la agresión: unas paredes por el suelo, un hogar destruido, una familia deshecha; pero nada más. Por la noche, dirá el parte de ellos que «se han logrado los objetivos militares». Ya estamos viendo lo que quieren decir esas palabras.

¡Los objetivos militares! En plena acción, los aviones pueden cooperar y aun llevar consigo lo más duro. Sobre las plazas abiertas, aunque las baterías antiaéreas les den su amparo, es fácil volar y dejar caer, en un instante, unas cuantas bombas. No se puede acertar con un blanco definido, como no sea por puro azar. Y si no se acierta, del proyectil que cae, como el grano, en la tierra bien preparada, no cabe esperar cosecha próspera.

Ya sería buena cosecha el terror, y tal vez eso pretende el que sabe que, si no acierta, algo por aproximación de seguro consigue. Y éste es el yerro: un yerro más, entre tantos.

Lo que se recoge, sólo puede ser un sentimiento muy distinto del terror; un sentimiento, fecundo sin duda, pero contrario y destructor, a la larga, para el mismo que lo siembra: lo que se recoge no es más que odio.

El que en la ciudad populosa sufre en lo suyo o ve sufrir a los demás, no se imagina que con los hechos brutales va a verse forzado a lo que no quiere; la realidad inmediata se lo demuestra. Nada puede una agresión, aun siendo muy dura, como hecho aislado; porque ni la vida se interrumpe, ni el auxilio a las víctimas o el dolor de las pérdidas, es capaz de reprimir las urgencias del momento. Es una forma, harto violenta, excesivamente brutal, del «suceso»; equivale, guardadas las proporciones, al «atracón» individual, al «suceso» de la crónica diaria, en el país regido con mayor entereza y ordenado con eficacia suma. Nadie lo evita; y si acarrea muerte y dolor, nada perturba.

Ve el ciudadano, en el hombre que desde su aparato deja caer la bomba, no a un representante de fuerzas enemigas muy poderosas, sino, a lo más, a un audaz pistolero. Y no consiente en mirarle como a un rebelde; ni menos como a un compatriota obcecado. Le tiene—¡y quién sabe con cuánta razón!—por extranjero empeñado en destruir lo que sabe que jamás ha de ser suyo. Con esperanzas de victoria, cuidaría de hacerla más fructífera. Si ataca como lo hace, es por desahogo de rabia, para descargar sobre el que no es culpable la furia despierta por otros reveses. Furor ciego o desapoderada sed de venganza.

Y de aquí no puede brotar más que odio. Por el enemigo que asesta sus golpes cara a cara, se puede experimentar otro sentimiento, sin mengua de la decisión necesaria para afrontarle y contrarrestarle. De la agresión solapada, aun en pleno día, sólo nacen aquellos áridos brotes que envenenan para mucho tiempo las almas. En una población tibia, si las hubiera, serían, desde luego, estos terribles espolazos, más que causa de vacilación y flaqueza, estímulos fortalecedores. Tan inmediata como la asistencia a las víctimas es la reacción indignada contra los agresores, contra los poderes que los envían, contra la causa que aparentan defender, y que, una vez más, por ministerio suyo, se hace odiosa e indefensible.

Ante cada agresión, al ciudadano libre que no la pudo repeler, sólo le queda, en los días actuales, un sentimiento: la convicción de que, por grave que haya sido, en nada va a padecer su resistencia, en nada va a menguarse su voluntad, en nada va a decaer su espíritu. También ha de quedarle, en el fondo, otro íntimo consuelo: la persuasión de que los hombres capaces de acudir a esos medios de destrucción, aunque blasonen de patriotismo y respeto a las tradiciones hispanas, esos hombres no son, no es posible que lo sean, españoles.

E. DIEZ-CANEDO

(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

Las trágicas incursiones de la aviación fascista

**Balance sangriento de la jornada
Un centenar de muertos y muchísimos
heridos en la población civil**

El Ministro de Defensa Nacional facilitó ayer los siguientes comunicados:

«Minutos después de las doce horas de hoy, seis bimotrices enemigas, procedentes de Palma de Mallorca, lanzaron sobre sitios muy céntricos de Barcelona gran número de bombas de extraordinaria potencia, que derribaron algunos edificios-viviendas y causaron en otros considerables desperfectos.

El número de muertos alcanza el centenar, siendo también muy elevado el de heridos.

Las baterías antiaéreas hubieron de cesar en su fuego al despegar nuestras escuadrillas de caza, las cuales no lograron dar alcance a los aparatos agresores, que se internaron rapidísimamente en el mar, de retorno a su base.»

LOS CRIMENES DE LA IMPOTENCIA

La victoria republicana de Teruel ha producido, como era de esperar, la exasperación facciosa. Y, como era de esperar también—los antecedentes abonaban esta suposición—, la exasperación facciosa no se ha traducido en reacciones normales dentro de los campos de batalla—ataques, ofensivas, tozudez heroica ante la adversidad—, sino en una estela de crímenes que recorre en estos días el litoral mediterráneo español. Contra la bravura y el ímpetu de nuestros soldados, los rebeldes no esgrimen a los suyos en combate leal, sino que matan, asesinan, en circunstancias que favorecen su impunidad, a seres inocentes de la retaguardia. ¡Incongruente y miserable réplica! En la

serie de venganzas que los facciosos han perpetrado para resarcirse de su derrota en Teruel, le tocó ayer la vez a Barcelona. No ha sido la primera en estos días, pero sí la más fuerte. Seis trimotrices italianas, salidas del nidal de asesinos que es Mallorca, tiraron a voleo sobre nuestra ciudad su carga mortífera. La aviación italiana tiene en su haber unos cientos de víctimas más. No lo decimos nosotros. Lo han dicho ellos. Hace unos días, el periódico fascista «Il Giornale d'Italia» aseguraba en grandes titulares: «La historia de la aviación legionaria en España es la historia de la aviación italiana.» Basta su afirmación para que nosotros renunciemos a quitarles ese triste honor. Acaso los alemanes se lo puedan discutir, para compartirlo. Allá ellos.

Cuenta nuestra es mostrar, junto a la condolencia sentida por las víc-

timas, la firme voluntad de que los crímenes no queden sin castigo. Tenemos a la mano dos maneras de venganza: una, inmediata, fácil y mala: ejercer represalias, aplicar la ley de Talió: «ojo por ojo...»; otra, más lenta y buena: ganar la guerra, hacer que la victoria de Teruel sea la primera de las victorias que nos lleven a la victoria final. La guerra se gana si todos disponemos el ánimo para ganarla; si ponemos la voluntad en tensión unánime hacia esta meta; si todos nuestros pensamientos, todos nuestros actos, todos nuestros gestos, incluso los más insignificantes y mecánicos, tienden a ese único y supremo fin.

Es la venganza que nuestros muertos de ayer exigen. Es la venganza que les daremos.

(«La Vanguardia», Barcelona, 20-1-1938.)

Protesta «nazi» rechazada

Mr. Cordell Hull, ministro de Negocios Extranjeros de los Estados Unidos, ha rechazado, cortés, pero enérgicamente, la protesta formulada por el embajador alemán en Washington, Dr. Hans Heinrich Dieckhoff, con respecto a un discurso pronunciado por Mr. William Dodd, ex embajador de los Estados Unidos en Alemania.

Mr. Dodd acusó al régimen de Hitler de ser «más absoluto que el de cualquier emperador alemán de la Edad Media» y dijo: «Hitler ha matado a cinco años a tantos adversarios personales como Carlos II ejecutó en veinte.»

(«Daily Herald», 15-1-1938.)

El pueblo español los recibirá con alegría

Un redactor de este servicio asistió a una conversación particular sostenida entre el escritor americano Marcel Acier, que se encuentra en Barcelona, después de su excursión a través del territorio leal, y un inglés residente en dicha capital.

La conversación recayó sobre la manera, casi milagrosa, como el Gobierno Negrín ha organizado y fiscalizado todas las actividades de la retaguardia, a pesar de la enorme y urgente labor de organizar y equipar a un ejército moderno, como es el Ejército republicano de hoy.

Acier ha visto cómo se desarrolla la vida en las trincheras y en la retaguardia. «En ésta—dijo—hay muchas actividades que no parecen sufrir con la guerra. En varios aspectos, la vida es casi normal. La libertad y el orden prevalecen en todas partes.

«El Gobierno realiza una enorme labor de enseñanza, tanto en los frentes como en la retaguardia, en donde se abren nuevas escuelas y se modernizan las viejas. Miles de soldados analfabetos aprenden a leer y a escribir en la misma línea de combate, merced a la magnífica labor de las Brigadas de la Cultura.

«La mejor propaganda en favor del Gobierno español—añadió—sería traer a España a muchos ingleses y americanos, para que viesen por sí mismos la labor que se está haciendo.»

Y todo para salvaguardar la libertad, la cultura, los principios democráticos de la nación española y, también, del mundo.

Bandillaje organizado

Como carecen de divisas, los facciosos atracan a los extranjeros

Tánger, 19. — El diario tangerino «La Dépêche Marocaine», que no oculta sus simpatías por los facciosos, inserta en su número de ayer un suelto en el que dice, entre otras cosas: «Desde hace 48 horas, y como consecuencia de divergencias lamentables, los ciudadanos franceses que viajan de Tánger a la zona francesa, y viceversa, en el ferrocarril internacional Tánger-Fez, encuentran muy serias dificultades a su paso por la frontera de la zona española. Según informes dignos de crédito, esas divergencias obedecen a que los facciosos de la zona española quieren obligar a todos los ciudadanos franceses que transiten por ella, a cambiar cuantas divisas extranjeras lleven, por billetes de Burgos.»

(«Las Noticias», Barcelona, 20-1-1938.)

1937. La España leal recibe cortésmente a los diputados conservadores ingleses.

1938. Franco pretende asesinar, en las calles de Valencia, a los diputados laboristas ingleses.

(«Mañana», Barcelona, 20-1-1938.)

Un testimonio elocuente

Los yugoeslavos en Berlín, o una lección aprovechable

Del libro «Vu, en Espagne», de Marguerite Jouve, traducimos a continuación algunas páginas correspondientes a su capítulo II, en el cual la autora narra sus impresiones sobre el Madrid de los primeros días de la guerra. Compárese aquella multitud valiente y entusiasta, pero desarmada y sin organizar, con nuestro formidable Ejército de hoy, victorioso en Teruel, y se comprenderá la inmensa obra realizada por el Gobierno de la República y el pueblo español, que defiende, con un heroísmo y un estoicismo ejemplares, su libertad, su dignidad y su independencia.

«Existe una antigua locución española que dice: «Hacer de tripas corazón».

Los acontecimientos que se desarrollaron ante mis ojos durante las primeras semanas de la guerra civil me parecieron la expresión viva de esta frase.

Como si lo hubiesen entregado a un ejército de termitas, todo el edificio del Estado se desplomó de golpe. Una de las grandes fuerzas de los reaccionarios, sobre todo en el país de que nos ocupamos, consistía en pertenecer a las clases llamadas dirigentes y en contar con un importante contingente de funcionarios, técnicos, etc., a los cuales no se atrevió a despedir ni siquiera un Gobierno que sospechaba de ellos, en parte, porque, indirectamente, por medio del dinero, podían dañar a ese mismo Gobierno y también porque se les creía insustituibles.

A causa de esto, el 17 y el 18 de julio, el andamiaje administrativo y militar saltó en pedazos en unas cuantas horas, mientras que, en cambio, la inmensa mayoría del pueblo —aun en las provincias que, como Andalucía, estaban en poder de los rebeldes— permanecía firmemente unida en torno al Gobierno que había elegido, el cual le abría el camino a todas las esperanzas. Alrededor de ese Gobierno y de ese pueblo no existía ya más que un puñado de hombres leales, dislocados de su base, privados de sus colaboradores, desprovistos, a menudo, de los instrumentos necesarios al ejercicio de sus funciones.

¡Ah! ¡Cómo olvidar el carácter épico de los primeros días de lucha, cuando se hacía «de tripa corazón» y se sacaban fuerzas de flaqueza. Eran los tiempos en que había soldados sin jefe, oficiales sin soldados, cañones sin artilleros, aviones sin aviones, aviones sin gasolina, y en que los mozos iban a pelear a la Sierra con fusiles que no sabían cargar.

Durante el sitio del cuartel de la Montaña pusieron en batería dos o tres piezas del 75. Pero para servir las no había nada más que un capitán de artillería. Se le veía correr de una pieza a otra, apuntar y dirigir las maniobras de los guardias de asalto y de los milicianos, llenos de buena voluntad, pero carentes de experiencia. En Guadalajara estaba como agente de enlace un oficial de Marina, el comandante Ristori, que después murió heroicamente en el frente de Madrid, durante los grandes ataques del invierno. El capitán aviador Reixach, después de realizar uno tras otro muchos bombardeos, se encontró con su aparato destruido. Después de lo cual, combatió durante muchos días en la sierra como simple soldado de caballería, vestido con un pantalón de golf y un jersey de sport; mientras dos aviadores civiles, conduciendo sus propias avionetas, dejaban caer granadas sobre las posiciones del enemigo.

Eran los tiempos en que uno se cruzaba en las calles de Madrid con automóviles que pasaban rápidamente, dejando ver la cabeza exan-

güe de un adolescente, descansando sobre la portezuela; era un herido que volvía de los campos de batalla. Muchos de esos heridos murieron desangrándose, porque no se les pudo socorrer como era preciso, ya que, como todo lo demás, los servicios de ambulancias estaban por crear. Sin embargo, desde el primer momento, las oficinas del Socorro Rojo Internacional se vieron llenas de mujeres, que acudían a ofrecer su sangre para las transfusiones.

Eran los tiempos en que los barrios populares de Madrid estaban empavesados como para una fiesta y, sin embargo, diariamente, largas filas de camiones llevaban a los hombres de esos barrios hacia la muerte.

Eran los tiempos en que un viejo general que veraneaba apaciblemente en la sierra, sorprendido por la insurrección, se puso a la cabeza de un puñado de campesinos mal armados y de tres carabineros y derrotó a los guardias civiles, que se habían hecho fuertes en su cuartel. Casi al mismo tiempo, algunos mineros, provistos de dinamita, y algunos pastores, de piedras, tomaron por asalto la aldea de la Roda, cerca de Málaga. ¿Por qué esa heterogénea asociación? Porque mineros y pastores son virtuosos de la honda y sólo este utensilio, manejado por manos expertas, podía compensar en algo la falta de fusiles. En Guadix, pequeña ciudad de la provincia de Granada, cuando los defensores del Gobierno contaron sus armas, se dieron cuenta de que tenían en junto diez fusiles, porque todas las autoridades locales, sin excepción, habían traicionado al pueblo. Sin embargo, con esos diez únicos fusiles libertaron a su ciudad. Es verdad que poseían también dinamita, recurso supremo para las situaciones desesperadas. Así provistos, lograron vencer a los guardias civiles y a los falangistas, no obstante los máusers y ametralladoras de que éstos disponían.

Eran los tiempos en que de todos los rincones de las provincias acudían a Madrid camiones de campesinos que recorrían los ministerios y los centros sindicales, diciendo:

—Dadnos armas. Os enviaremos todos los alimentos que podamos; os prometemos que en Madrid no faltará nada. Pero dadnos armas. Queremos luchar y no tenemos fusiles...

Eran los tiempos en que los civiles ejercían funciones militares; en que los batallones se creaban espontáneamente, alrededor de un combatiente energético. La mayor parte de las veces se les daba el nombre de su jefe. Francisco Galán, hermano del héroe de Jaca, de escritor se convertía en militar, y luego, por la voluntad de sus camaradas, en teniente, capitán, comandante. Fué a él a quien se confió la custodia del canal de Lozoya.

Eran, en fin, los tiempos en que los oficiales llevaban también el «mono azul», porque era más democrático y más cómodo.

Diputados socialistas y comunistas salían a las provincias a reclutar milicianos. González Peña y Belarmino Tomás volvían heroicamente a ocupar su puesto al frente de los mineros asturianos y empezaban el sitio de Oviedo. Así, pues, los mismos hombres, con las mismas armas, iban a batirse de nuevo en la misma ciudad. Pero esta vez, los papeles estaban invertidos.

En esta lucha concreta que el pueblo realizaba por sus libertades, las milicias, en muchos casos, adquirieron espontáneamente un carácter corporativo. Así, había la milicia de los tipógrafos y obreros de artes

gráficas; la de los intelectuales, etc. Los periodistas manejaban alternativamente la pluma y el fusil. «El Liberal» perdió en una semana a tres de sus colaboradores, muertos en el frente.

La defensa del Frente Popular fué indudablemente la creación espontánea más asombrosa que ha visto la Historia. Porque se necesitó que cada cual pusiera algo de su parte, con entusiasmo, y también con ingenio. Se necesitó que cada combatiente, ya en el frente, ya en la retaguardia, diese pruebas de cualidades múltiples y fuese a la vez soldado, administrador, estratega, un poco médico, un poco magistrado y, con respecto a aquellos camaradas menos educados o más impulsivos, un poco predicador y moralista.

Esta defensa hubo que organizarla contra viento y marea, pues era forzoso apoyarse en empresas y organismos minados por la reacción; en las compañías de ferrocarriles hubo que cambiar de la noche a la mañana a todo el personal dirigente. Cosas más graves existían. Fué el décimo tercer día de guerra cuando se conoció la traición del Director General de Seguridad, el cual ingresó en la cárcel; cuatro días después fué a reunirse con él el almirante jefe de Estado Mayor de la Marina.

¿Cómo no admirar al pueblo español cuando se ve de qué abismo se libró gracias a la fuerza única de su fe y su entusiasmo! ¡Y cómo no hacer penitencia por no haber sabido apreciarlo!

Porque ninguno de los intelectuales compatriotas suyos y de los hispanófilos más convencidos, dejó nunca de burlarse de la legendaria indisciplina de ese pueblo y hasta de irritarse contra ella. Pero yo lo he visto, en la situación más espantosa, en medio del mayor desorden que se pueda concebir, dar pruebas de que posee una asombrosa disciplina. El cuadro caótico que acabo de trazar no es un cuadro de anarquía. Testimonia solamente una maravillosa habilidad para sacar partido de las propias desgracias, para utilizar los residuos arrancados al desastre.

Si aquel general que corría al combate vestido de paisano, con su capote de uniforme sobre los hombros y un gorro de soldado en la cabeza, y el miliciano que cosía una insignia roja sobre su corazón, no hubiesen sabido adaptarse incondicionalmente a las necesidades del momento, y sí, al mismo tiempo que se organizaban las filas, cada

MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL

El ministro de Defensa Nacional ha recibido un telegrama del Gobierno civil de Castellón, fechado en aquella capital el día 19, a las 21 horas, que dice lo siguiente:

«La Comisaría General de Fronteras y Puertos me oficia que en el día de hoy se ha presentado el capitán del buque inglés «Clonlara», participando que a la altura de Sagunto y sobre las trece horas y treinta minutos, a unas diez millas de la costa, le ha agredido un submarino, que le lanzó un torpedo, resultando, afortunadamente, sin novedad.

Dicho capitán interesa se dé cuenta a su Consulado hoy mismo, pues desea que su país conozca, a poder ser esta misma noche, el suceso.

Atendiendo su ruego, participo a la mencionada autoridad.»

Stoyadinovitch ha ido a Berlín. Ha ido a Berlín antes de dirigirse a Ginebra, donde debe asistir a la nueva reunión del Consejo de la Sociedad de Naciones. Y en Berlín ha pronunciado discursos que habrán sido leídos en Francia con verdadera pena. Pena y no sorpresa, desde luego. ¿Cómo se sorprenderían en el *Quai d'Orsay* de que Stoyadinovitch, que hizo disparar a su policía contra la población de Belgrado, cuando ésta rodeaba el automóvil de M. Ivon Delbos y vitoreaba a la República francesa, se manifestase en la capital del Tercer Reich casi como un nacionalsocialista honorario?

Después del acuerdo tripartita de Budapest, con sus adhesiones morales al eje Berlín-Roma-Tokio y al pacto anticomunista y su reconocimiento de jure del gobierno de Burgos, llega el viaje de Stoyadinovitch a Berlín. ¿Cuándo irá también Goga, que acaba de disolver el recién elegido parlamento rumano, a rendir pleito homenaje a Hitler y a Goebbels?

Desde luego, Stoyadinovitch no representa en Berlín a su pueblo, sino a camarillas y castas. El pueblo es francófilo germanófobo e italoófobo. El pueblo se acuerda...

¿Y cómo no se acordaría? La victoria de Francia señaló el comienzo de su libertad racial, de su independencia nacional y de su unificación política. Y aun no pasaron veinte años.

Austria quiso borrar del número de las naciones a Serbia, aprovechando el pretexto del atentado de Serajevo. Para cometer el enorme crimen, tenía que contar con Alemania. Los dos condes, que se reunieron una mañana de julio, en la Ballplatz de Viena, sabían que estaba detrás de ellos la Wilhemstrasse, y con la Wilhemstrasse, el Gran Estado Mayor de Postdam.

Por eso se atrevieron. Los monitores del Danubio no habrían lanzado sus bombas contra Konak, sin el previo consentimiento del Kaiser.

Y entonces, los pobres y heroicos serbios viéronse aislados y acometidos por ejércitos poderosísimos.

Potierek les invadió tres veces y otras tantas lo rechazaron.

Pero sus victorias eran pírricas. Morían los hombres y eran reemplazados por adolescentes. La nación se transformaba en ejército. Se vivía sólo para la guerra.

Y al fin llegó la catástrofe. Bulgaria, neutral, decidióse bruscamente por los imperios centrales. Y atacó a Serbia por la espalda.

Ejércitos alemanes, austríacos, búlgaros y turcos penetraron en el corazón del reino de los Karageorgevitch. No hubo un espectacular Kossovo, pero sí algo peor, un derrumbamiento del Estado, un éxodo horrible, al través de la montañosa Albania, hostil en pleno invierno. El tifus y el hambre aniquilaron al pueblo y al ejército serbio, y los supervivientes de la bárbara tragedia, cruzaron el Adriático y se refugiaron en Corfú.

¿Qué podían esperar los yugoeslavos después de tan definitivo desastre? Croacia y Eslovenia estaban agarrotadas. Se había rendido Montenegro. Sólo allá, en el sur de Macedonia, junto al Vardar, brillaba la luz de una esperanza. Los griegos de Venizelos y el ejército aliado de Sarrail, prometían futuros desquites.

Pero la partida, sobre todo después del triunfo del bolchevismo en Rusia, se jugaba en Occidente. Lo que sucediera entre Calais y Belfort, sería decisivo para la suerte de los eslavos meridionales.

Venció Francia, con la ayuda de ingleses y yanquis, al principal ejército alemán. Se firmó el armisticio, y, automáticamente, nació el estado libre de los serbios, crotas y eslovenos.

Stoyadinovitch no ha querido acordarse de la historia contemporánea, en su viaje a Berlín. Los habitantes de Belgrado, obreros y burgueses, estudiantes y campesinos de los distritos próximos, que rodearon el automóvil de Delbos, vitoreando a Francia y a la libertad, tenían mejor memoria...

F. V.

(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

uno de ellos no hubiese aceptado sumisamente el lugar que le correspondía, el pueblo español no habría ganado, ese mes de julio, lo que podemos llamar su «batalla del Marne».

EL CONFLICTO RELIGIOSO EN ALEMANIA

Ha sido nuevamente detenido el abate Rupert Mayer. La detención fué anunciada en todas las iglesias de Baviera el domingo por la mañana, y las autoridades eclesiásticas ordenaron que se hiciesen rogativas en favor del detenido.

El abate Mayer es un mutilado de guerra: se le amputó una pierna en

1915. Desde 1933 ha protestado en diversas ocasiones contra las violaciones por el Reich del Concordato firmado en la Santa Sede.

Había sido ya detenido el año pasado; pero, merced a la intervención de influyentes personalidades católicas, fué amnistiado y puesto en libertad.

En las iglesias confesionales alemanas, se leyó el domingo un mandamiento, del Consejo Fraternal de la Iglesia confesional, invitando a los padres a no enviar a los hijos a las escuelas laicas nacionalsocialistas.

El documento declara que los padres tienen el deber de exigir que sus hijos sean educados en escuelas confesionales.

EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente

De Gijón a Pamplona, pasando por Bilbao y San Sebastián

Martínez Anido opera en Guipúzcoa con pistoleros a sueldo. - Profusión de cárceles repletas de presos. - Que nadie espere recuperar el piso que dejó abandonado si no vence la República

II

El evadido vasco que permaneció en Asturias durante los primeros días de la ocupación de Gijón, continúa su relación refiriéndose ahora a su accidente viaje a través del Norte francés hasta llegar a la frontera francesa.

DE GIJÓN A BILBAO

Los uniformes del Ejército Popular desaparecieron. La amistad de algunos falangistas y requetés, incorporados a las filas rebeldes después de la caída de Bilbao y Santander, nos proporcionó trajes de paisano y salvoconducto para trescientos hombres, que salimos de Gijón en aquellos días. Como no había posibilidad de encontrar un medio de locomoción, emprendimos la marcha a pie. Durante cuatro días, estuvimos andando. Comíamos lo que nos ofrecían los caseros, en quienes encontramos solicitud de hermanos. Dormíamos en los pajares, o al aire libre. De vez en cuando, subíamos a algún camión. Ya en Vizcaya, uno de ellos, perteneciente al servicio rebelde de recuperación, me recogió agotado, llevándome a Bilbao.

UN INCIDENTE EN LLANES. — «¡EH, ROJO, CONTRA LA PARED!»

En el recorrido, pasé por Llanes, donde descansé unas horas. Aquello estaba lleno de alemanes e italianos. Daba la impresión de encontrarme en una población extranjera. Por las calles vi a algunas mujeres con el pelo cortado. Allí sufrí uno de los contratiempos más graves, y corrí a cargo, precisamente, de uno de los pocos españoles que me veían. Un sargento de requetés, que, con un grupo de «boinas rojas», se hallaban en torno a una hoguera y unas ollas, nos llamó:

—¡Eh! ¡Aquí, rojos! ¡Inmediatamente!

Yo dije a mis compañeros: —Vamos a ver lo que quiere ese gandul. A lo mejor, nos dan de comer.

Y nos acercamos. Pero pronto salimos de duda, pues el sargento continuó:

—¡Ahí! ¡Contra la pared!

En seguida!

Creíamos llegada nuestra última hora, cuando uno del grupo dijo:

—¿De dónde venís? ¿A qué batallón pertenecéis?

—A ninguno—contestamos—; somos paisanos y no hemos intervenido en la guerra.

—Todos los «rojos» dicen lo mismo. Ninguno ha hecho nada. Bueno, ¡contra la pared!

Y a poco, los del grupo hablaban entre sí, diciendo luego:

—Bien. ¡De prisa! ¡Fuera de aquí! ¡Marchaos!

Lo que, indudablemente, hicimos a todo correr, mientras dejábamos atrás a aquella gente borracha.

EL ASPECTO DE BILBAO, SOBRECOGE

En Bilbao encontramos alojamiento protector, solamente por

unas horas, parte de la tarde y la noche: el tiempo preciso para descansar y hablar por teléfono con San Sebastián, anunciando a un pariente la llegada para el siguiente día.

La impresión que me ofreció Bilbao, fué desoladora. Apenas se veía una mujer. No salen a la calle en cuanto oscurece. Las personas que transitaban por la villa, eran escasísimas. Alguna que otra luz no quitaba a la ciudad un aspecto que sobrecogía.

DURANTE UN MES, LEGALICE LA DOCUMENTACIÓN EN SAN SEBASTIÁN

Tomé el tren, por la mañana del día siguiente, para San Sebastián. El primero. Ningún incidente se desarrolló en el transcurso del viaje. Ya en la estación, hube de saltar una empalizada, para evitar la revisión de viajeros en las puertas del andén. Esperaban mi llegada; pero la persona que me ayudaba, fué detenida por sospechosa. Yo pude escapar.

Decidí no esconderme y hacer vida corriente, como si nada fuera conmigo. Conocía mi familia a un jefe de Acción Ciudadana, y me presenté a él. Me recibió «amablemente»:

—¡Hola, rojo! ¿Ya por aquí? Lo primero que tienes que hacer, es presentarte a las autoridades; luego te protegeré.

No había más remedio. Me dirigí al Gobierno civil de Guipúzcoa. No conocí allí a nadie. Me dijeron que tanto la policía como los guardias de Asalto habían sido renovados. Encontré a varias personas que, como yo, iban a legalizar la documentación. Transcurrió una hora de inquietud: clasificaciones, consultas con el archivo, impaciencia. Al fin, la suerte me favoreció: obtuve el visado del salvoconducto. Pero quedaba otro trámite: había que ir al Ayuntamiento.

La Comisión municipal, revisora de la documentación para los que volvían a la ciudad, era, al parecer, más escrupulosa. No conseguí mi propósito. Nervioso, marché al barrio de la «Parte Vieja» y frecuenté las tabernas. En una de ellas encontré a un destacado funcionario municipal, al que conocía. Le invité: un vaso de vino, otro, otro... Al fin, le dije lo que quería. Le cité para la tarde a tomar café. Surtió efecto mi generosidad. Por la tarde tenía en mi poder el visado municipal.

¡AQUÍ NO SE PUEDE VIVIR! ¿CUANDO VOLVERÉIS VOSOTROS?

Más de un mes estuve en San Sebastián; pero, a medida que pasaban los días, la intranquilidad aumentaba. No me hallaba seguro, y a cada momento esperaba la delación y la detención. Intenté buscar trabajo. Estuve con mi antiguo patrón, quien también dió muestras de gran «amabilidad» para conmigo:

—¡Qué más quisiera yo que emplearte—me decía—; pero no puedo! No podemos admitir al trabajo a quien deseamos. Los obreros nos son impuestos. Muchos de ellos son de Navarra; a

la mayoría no los conozco. Los que integramos la clase patronal estamos muy disgustados, y ¡ojalá fuerais vosotros los que estuviérais aquí!, en lugar de éstos.

En los barrios populares encontré a numerosos amigos y antiguos conocidos. Los saludaba, y encontraba estimables ayudas. Un pensamiento único invadía a todos. Se expresaban así:

—¡Estamos seguros de que vencerá la República! ¿Cuándo volveréis, pues, vosotros? ¡Esto es insufrible! ¡Aquí no se puede vivir! ¡Quién pudiera marchar con el Gobierno!

MARTÍNEZ ANIDO EMPIEZA UNA NUEVA ERA DE TERROR

Me fueron contando. Las cárceles están abarrotadas. Ondarreta, las escuelas de Atocha, el campo de fútbol, el caserío de El Infierno, cercano al Circuito, son otras tantas prisiones.

Nadie se mueve en San Sebastián sin que sus actos sean conocidos. Las delaciones son legales. Los rencores son satisfechos. Las detenciones no cesan. Durante la noche, los domicilios sin violados, sin pretexto ni mandamiento. Se duerme con los ojos entreabiertos. Los asesinatos continuaban. Uliá es uno de los puntos donde se cometen estos crímenes. Muchas mañanas se avisa a la funeraria para que vayan a recoger algunos cadáveres, en un punto determinado del campo.

Martínez Anido ha iniciado una nueva era de terror. La oleada de sangre que envolvió a Guipúzcoa a raíz de su ocupación por los facciosos, parecía haber disminuído, pues se habían cursado órdenes para no admitir los anónimos, que eran seguidos siempre de un crimen. Las denuncias habían de ser constatadas, y careados el acusado y el acusador, sufriendo éste una sanción si sus informes eran falsos. Pero esto duró muy poco. La elevación del autor de la «ley de fugas» a la Dirección de Orden Público en la zona facciosa, ha recrudecido la matanza. Martínez Anido desenvuelve sus sanguinarios instintos como en los tiempos de su máxima acción. Autorizó de nuevo la legalidad de la denuncia y del anónimo, sin responsabilidad. Y ha creado también una policía especial a su servicio, ajena por completo a la autoridad gubernativa. No guarda tampoco relación con Falange, ni con los tradicionalistas. Está integrada por pistoleros a sueldo, que actúan sin reparo y sin piedad. Las patrullas oficiales actúan a base de tres policías, tres falangistas y tres requetés. La oficina de Martínez Anido no tiene fiscalización.

Uno de los crímenes cometidos por los facciosos, al principio de la ocupación, fué el de Hernández, vocal de la Junta de Beneficencia, que quedó en San Sebastián por creerse amparado en sus tratos con las monjas de la Caridad, y en un hijo suyo, afiliado al Centro Católico. Esperó la entrada del invasor vistiendo la blusa blanca de enfermero; pero de nada le sirvió. Fué obligado a entrar en un coche, y no

Mientras los parlamentarios británicos visitaban el Palacio Nacional, la artillería facciosa bombardeó la población civil

Ante las ruinas de los diversos bombardeos realizados sobre Madrid por la aviación rebelde, los diputados laboristas mostraron una gran indignación, prometiendo informar a su país sobre tan inicuas agresiones

Madrid, 19.—Los parlamentarios ingleses visitaron a primera hora el Palacio Nacional. Permanecieron allí bastante tiempo, a causa de verse sorprendidos por un intenso bombardeo de la artillería rebelde sobre la población civil de Madrid.

Después han visitado el barrio de Argüelles. Los parlamentarios iban acompañados por los jefes de los subsectores y otras autoridades, quienes explicaban, a la vista de las ruinas, las víctimas habidas en cada uno de los lugares y otros pormenores referentes a los bombardeos de la aviación enemiga desde el mes de noviembre de 1936.

Los parlamentarios recorrieron las calles de Blasco Ibáñez, Martín de los Heros, Ferraz y otras, entre aquellas que fueron víctimas de la metralla de la aviación italiana y alemana.

Los parlamentarios mostraron una gran indignación por la realización de estos atentados cometidos sobre la población civil, y dijeron que, cuando regresen a su país, harán constar no sólo la heroica resistencia del pueblo, sino también el estoicismo con que aguanta los bombardeos de que está siendo objeto, tanto por la aviación como por la artillería, sin que se merme en ningún momento su elevada moral y su alto espíritu.—Febus.

Las deserciones en el ejército de Franco

Noticias procedentes de Bayona confirman las nuevas medidas tomadas por los rebeldes en la frontera para impedir las evasiones que en sus filas provoca la descomposición de la retaguardia.

En Elizondo y sus alrededores, han sido concentrados 400 hombres, la mayoría de los cuales son guardias civiles de edad madura y carabineros. La guarnición de Arneguy y de Vera ha sido igualmente aumentada y todos los servicios están bajo las órdenes de un general rebelde.

A pesar de estas medidas, las deserciones no decrecen. No pasa día sin que se registren evasiones del territorio rebelde, sobre todo de los llamados «filas». Todos los evadidos confirman que la desmoralización y la descomposición de la retaguardia rebelde se acentúan cada vez más.

Leemos en el «Heraldo de Aragón», el gran diario de la zona rebelde:

«No faltan gentes que pregunten qué ha pasado en Teruel, y por qué hemos celebrado la entrada de nuestras tropas en la gloriosa capital, cuando, en resumidas cuentas, Teruel se ha perdido.

«Este episodio es de una amplitud desmesurada, y no es éste el momento, lleno de ansiedad y de urgencia, de hacer un alto para extenderse en una crónica detallada.»

(«L'Oeuvre», 15-1-1938.)

llegó a su destino: le destroza-ron a culatazos.

Todos los archivos caídos en poder de los rebeldes, son revisados: listas electorales, ficheros de partidos políticos. Aquel que figura en ellos, no ha de esperar más que el encarcelamiento, como mal menor. De este examen se encargan los esbirros de Martínez Anido.

Apenas se trabaja en San Sebastián, pudiéndose decir que la laboriosidad se concentra en las industrias de guerra. Lo demás no pasa de ser un trampolín para ir viviendo. En esta condición se desenvuelve el comercio. El mayor negocio se advierte en los hoteles. Los extranjeros, italianos, alemanes y portugueses constituyen el núcleo principal del vecindario.

El desenvolvimiento económico de la ciudad ofrece grandes dificultades. Faltan diversos artículos y no escasean otros; pero no hay dinero, ya que apenas se trabaja, y no se puede adquirir lo que se presenta a la vista. Las continuas suscripciones, los sucesivos impuestos y la recogida de plata y calderilla, completan la reducción del presupuesto familiar a un límite inconcebible.

LOS PISOS, SAQUEADOS: MUCHOS MUEBLES, EN PODER DE LOS VECINOS

Causa indignación a todo aquel que regresa a la ciudad ver su hogar desmantelado. Muchos pisos fueron vaciados y los muebles incendiados, mal vendidos, requisados o robados. Se ofre-

cen casos frecuentes de que muebles, de la propiedad de quienes los miran, se hallan en manos de un vecino, al que nada se puede reclamar. Y cuando un piso amueblado es ocupado por una familia refugiada, nada puede hacerse para rescatarlo. Ya lo han intentado algunas de las mujeres que fueron evacuadas de Francia, donde estaban refugiadas. Las personas amigas decían: «Nada podréis hacer por recuperar vuestro piso, como no ganéis la guerra». Y bien, a los que se cedió el inmueble, como al que logró recuperarlo, o al que quedó en la ciudad, se obliga a que abone los atrasos de la renta, íntegra, que se satisfacía con anterioridad al movimiento.

El gobernador, Antonio Urbina, antiguo abogado de la Patronal, accede a todo desmán y no tiene más amigo que el superior o el que puede coaccionarle. Ni los elementos patronales, a los que sirvió, tienen influencia con él.

Y llegó un día en que no podía esperarse más. Había cambiado dos veces de domicilio y la Guardia civil me seguía los pasos. La denuncia ya se había hecho. Tuve, con rapidez, que marchar a Navarra.

SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO.

LA NO INTERVENCION

Periodistas italianos condecorados en España

LA MEDALLA DE PLATA PARA ACHILLE BENEDETTI

La medalla de plata al valor militar ha sido concedida, «sobre el terreno», a nuestro Achille Benedetti, con la siguiente parte expositiva:

«Corresponsal de guerra del «Corriere della Sera», varias veces condecorado por valor, en catorce meses de lucha confirmaba sus excepcionales dotes de audaz combatiente, compartiendo con los legionarios los peligros e incomodidades de las líneas más avanzadas. Las acciones de Ríotinto y Talavera de la Reina, las de Toledo de Alcázar, Málaga, Guadalajara y Santander le acreditaron como uno de los más nobles representantes del valor italiano, uno de los más arrogantes y realistas exponentes de la prensa en tierra extranjera.—«Tierra de España», julio 1936, septiembre 1937-XV.» («Corriere della Sera», 15-1-38.)

LA MEDALLA AL VALOR CONCEDIDA, «SOBRE TERRENO», A LUIGI BARZINI

«Corresponsal de guerra del «Popolo d'Italia» durante diez meses de dura campaña, con ánimo de infante y fe de voluntario, participaba en numerosos combates, afrontando serenamente riesgos e incomodidades graves. Con

honrada y vivacísima prosa, iluminando las heroicas gestas del soldado de Italia, contribuía a elevar el espíritu, y mucho más aún, a hacer resaltar en el extranjero las gloriosas tradiciones militares de nuestra gente. Tierra de España. Frentes de Madrid, Málaga, Guadalajara, Bilbao, Santander, noviembre 1936-agosto 1937-XV.»

(«Il Popolo d'Italia», 15-1-38.)

LOS MERITOS DE POME Y FRANZETTI

Con vivo orgullo, «Il Giornale d'Italia» recibe la noticia de la condecoración al valor concedida, en el campo, a unos de sus enviados especiales a España, Luigi Pomè.

He ahí la exposición de motivos que acompaña la concesión de la medalla a nuestro colaborador:

«Corresponsal de guerra del «Giornale d'Italia», en catorce meses de dura lucha, ha dado prueba de elevado sentimiento del propio deber, exponiéndose valerosamente en los lugares en donde mayor era el peligro, con tal de cumplir dignamente su cometido.

Herido por un casco de granada en Guadalajara. Combatiente valeroso entre los legionarios, en un cruento encuentro de patrullas, cerca de Santander, se batió bravamente y resistió en el pue-

to hasta la llegada de refuerzos.

Tierra de España, agosto 1936-septiembre 1937-XV.»

Luigi Pomè está en España desde el comienzo de la guerra. Ya ha sido herido dos veces, en Irún y en Guadalajara.

No menos orgullosos nos sentimos del reconocimiento del valor y el sacrificio, mostrados en los campos de batalla españoles por otros valerosos colegas nuestros. Entre ellos, recordamos a Marco Franzetti, de «La Tribuna», que —como refiere la exposición abajo transcrita— tanto se ha señalado por su abnegación y osadía, y al heroico Sandro Sandri, caído en China, a donde se trasladó después de una larga permanencia en los frentes de la guerra española, y cuyo recuerdo quedará siempre presente en la memoria de todos los periodistas italianos.

He aquí la exposición de méritos de la medalla concedida al colega Marco Franzetti:

«Corresponsal de guerra de «La Tribuna», en catorce meses de viva lucha ha dado nobles pruebas de italianidad y valor personal, afrontando con los destacamentos más avanzados los riesgos del combate.

Herido por un casco de granada en Bilbao, fué después uno de los primerísimos en entrar en la ciudad con las vanguardias nacionales. En las operaciones para

El humanitarismo de la República

Vela por la salud de la madre del cabecilla Aranda

A medida que pasa el tiempo, se destaca con mayor relieve el contraste entre el salvajismo de los facciosos y de los invasores y el humanitarismo de la República. Y ocurre que, cuando no se concibe que pueda ser superada la maldad de los autores de tantos actos de salvajismo que han logrado herir la insensibilidad de los no intervencionistas con sus atrocidades, nuevos relatos de evadidos dan la sensación de que en el campo enemigo no se ha agotado aún el stock de terrorismo que han venido almacenando desde la pasada guerra civil los descendientes de Cucala y Savalls. La espantosa ejecución de cien prisioneros republicanos en la Plaza Mayor de Bezas es algo tan monstruoso, que hiela el ánimo y obligaría a entregarse a la venganza. Pero la República no ha perdido en ningún momento la serenidad. Atiende, alimenta y cura a los prisioneros heridos y enfermos. Y cuando la anciana

madre del cabecilla Aranda, cogida en un pueblo cercano a Valencia, se encuentra en el estado, en contraste con los bárbaros fusilamientos de padres, hermanos e hijos de los combatientes republicanos que llevaban cabo desde el 19 de julio los facciosos, se le prodigan todos los cuidados, no porque sea la madre de un ex general, sino porque trata de una anciana ante la que deben desaparecer todos los odios y el olvido de que su hijo ha sido el causante de la muerte de miles de españoles dignos que vivían en la retaguardia.

República noble, República humana, República generosa, República digna, la española. Y serlo, merecedora de que todas las democracias le rindan la tribuna de su admiración y le ofrezcan el concurso de su solidaridad moral y material.

(«El Día Gráfico». Barcelona, 19-1-38.)

la liberación de Santander, encontrándose, a pocos kilómetros de la ciudad, en un episodio de patrullas, se batía bravamente, resistiendo en el puesto los ataques adversarios hasta la llegada de refuerzos legionarios. Tierra

de España, julio 1936-agosto 1937-XV.» («Il Giornale d'Italia», 15-1-38.)

Este DIARIO se reparte gratuitamente

Los católicos y el Estado Español

Por ENRIQUE MORENO

(Continuación)

II

Con la venta de los bienes eclesiásticos, los liberales sólo consiguieron una parte de los fines que se habían propuesto. Aunque cada comprador de bienes nacionales era un adversario del carlismo, como sólo compraban los ricos, resultó que los bienes de la Iglesia aumentaron el número de los grandes terratenientes, y no el de los pequeños. Incluso los llamados bienes comunales, propiedad colectiva de los municipios, fueron vendidos por los liberales, en su afán de imponer el individualismo. De ahí nació una clase de capitalistas de la tierra, hijos del liberalismo, que unieron sus intereses a los de la nobleza, heredera de los famosos latifundios.

España llegó al siglo XX, dominada por una casta de terratenientes que monopolizaba toda la tierra del país. Cuando terminó la Gran Guerra y las naciones del Este de Europa decidieron dividir sus grandes propiedades, España continuó siendo el clásico país del «latifundio». No debe sorprendernos que el problema agrario haya sido nuestro problema fundamental, en los primeros años de República y en el que precedió al comienzo de la guerra.

La necesidad de repartir la tierra se hizo, sobre todo, patente en el Sur de España. Extremadura, Andalucía y la Mancha eran regiones de la Reconquista, cuya tierra fué repartida por los reyes entre los caballeros que participaron en la lucha. En 1931, fincas de más de doscientas cincuenta hectáreas cubrían un treinta y seis por ciento de Extremadura, treinta y nueve por ciento de la Mancha y cuarenta y cinco por ciento de Andalucía. A esto debe añadirse que los grandes terratenientes poseían las fincas de mayor rendimiento, hasta tal punto, que, en la provincia de Sevilla, el setenta y dos por ciento del valor de la tierra inscrita en el censo, estaba acumulada entre el cinco por ciento de los propietarios, mientras que el veintiocho por ciento restante se dividía entre un noventa y cinco.

Era frecuente que los propietarios andaluces dejaran improductivas sus tierras, por no necesitarlas para vivir o por faltarles el capital indispensable para su explotación. Mientras tanto, los campesinos, miserables y hambrientos, se hacinaban en las aldeas,

aguardando la época de la cosecha para que el intendente del amo les comunicara en qué condiciones podían trabajar. Si se negaban a aceptar éstas, entonces el intendente buscaba jornaleros en otro pueblo, y, para castigarlos, al año siguiente no se sembraba la tierra. Pasada la cosecha, no le quedaba al campesino más remedio que vivir de caridad.

Se consideraba feliz cuando conseguía arrendar un trozo de tierra, aunque las condiciones del arriendo fueran leoninas, y éste tan corto, que no le daba tiempo a efectuar en el campo ninguna mejora. Cuando recordamos que doscientas mil familias, más de la quinta parte de la población andaluza, han vivido hasta ahora de ese modo, no puede sorprendernos que la criminalidad se desarrollara allí con más fuerza que en otras regiones de España. Cuando estos hombres han intentado expresarse colectivamente, lo han hecho por medio de la violencia, como si el odio, amargura de siglos, estallase de pronto en ellos. Las revueltas campesinas de 1840, 1893 y 1919, se recuerdan aún. Es absurdo achacar estas explosiones a la influencia extranjera.

El problema del reparto de tierras entre los campesinos, estaba estrechamente ligado, en el siglo XX, al del desarrollo de la industria en España. Desde mediados del siglo XIX, dos grandes zonas industriales se venían formando en torno a Barcelona y Bilbao, y sus intereses chocaron pronto con los intereses agrarios del resto de España. Este conflicto, agudizado en las últimas décadas de la monarquía, constituye un motivo de las aspiraciones autonómicas sentidas por Cataluña y el País Vasco.

Sin embargo, la industria de estas dos regiones no puede subsistir sin contar con su mercado, que es el resto de España. Pero como este mercado se compone principalmente de campesinos, a los que la estrechez de su vida no permite erigirse en consumidores, resulta que el desarrollo de las zonas industriales depende del aumento del poder adquisitivo en las regiones agrarias, que sólo puede conseguirse mediante la creación de una clase labradora acomodada, lo más numerosa posible.

Por eso, cuando vino la República, trayendo entre sus postulados esenciales el extender los beneficios de la propiedad a la mayoría de los españoles, tuvo desde el primer momento el apoyo de los industriales y la implacable hostilidad de los propietarios.

Toda la evolución política española desde 1931, es sólo un resultado del forcejeo entre los terratenientes y el Estado. Pero debemos confesar que las leyes agrarias de la República no han ido más lejos que las de casi todos los países de Europa Central y de los Balcanes. Sea cuál fuere el juicio de la Historia acerca de los hombres que gobernaron en España en los dos primeros años de la República, debe reconocerse que sus esfuerzos tendían a establecer, por métodos legales,

las reformas, que nos hubieran ahorrado los horrores de la guerra y de la revolución.

El primer proyecto de Reforma Agraria se basó sobre la base de una indemnización equivalente al valor de la finca, declarado para el cobro de impuestos, y pagadero mitad en metálico y mitad en bonos del Estado. Apenas se anunció esta ley, parte del Ejército se sublevó, a las órdenes del general Sanjurjo, designado como jefe de la rebelión. Esta sofocada, y, para castigar a los promotores de ella, los Cortes decretaron la incautación de aquellas fincas de los grandes de España que procedían de los antiguos señoríos.

Ante el fracaso de la fuerza, los terratenientes volvieron a la política. Pero como no eran la única clase social amenazada por la República, coincidiendo ahí con el clero, produciéndose la unión, cuyos fatales resultados se hicieron sentir en 1936.

El advenimiento de la República enfrentaba, vez más, a la Iglesia con los liberales, reforzados ahora por los socialistas. Estos hombres tenían la misión de acabar con todo lo que estuviera en desacuerdo con el Estado espiritual de España. Pero, como estaban acostumbrados a ver en la Iglesia una aliada de los poderosos, no podían imaginarse el sitio que en la restauración de nuestros valores debía corresponderle. De aquí surgió una situación paradójica: el clero, manteniendo obstinadamente la suposición de que la mayoría de los españoles son católicos; los anticlericales, negándose a reconocer la vitalidad del catolicismo y creyendo que, como cosa del pasado, bastaba quitarle sus puntales para que se desvaneciera de todo.

Salieron de ahí una serie de disposiciones encaminadas a colocar a la Iglesia en idéntica situación a la que se encontró en Francia antes de la Gran Guerra, aunque con mayor severidad en lo referente al presupuesto de Culto y Clero, que debía amortizarse en dos años. Estas leyes, que nunca se aplicaron en su totalidad, tenían que producir la reacción natural de la Iglesia, cuyas libertades coartaban. Hubo, sin embargo, católicos que aceptaron estas leyes, consintiendo con la esperanza de ver al clero salir, a fuerza, de su letargo, produciendo, al fin, los mismos frutos que había cosechado en Francia.

Por desgracia, los acontecimientos españoles siguieron muy distintos caminos. El primer movimiento del clero frente a la República, revistió la forma de una campaña no contra las doctrinas, sino contra las personas: una ola de difamación y escándalo, surgiendo de los salones de la nobleza, se infiltró en las sacristías, y de ahí, en la prensa católica, en las hojas que se distribuían en las iglesias y, a veces, hasta en los sermones. Creo que esta habilidad para la calumnia, típica de las derechas españolas, ha hecho y hará mucho daño, a la causa católica.

(Continuación)